

Cuarto domingo del tiempo ordinario

1 de febrero de 2026

«Dichosos los pobres en el espíritu».



«Las Bienaventuranzas son un nuevo programa de vida, para liberarse de los falsos valores del mundo y abrirse a los verdaderos bienes, presentes y futuros. En efecto, cuando Dios consuela, sacia el hambre de justicia y enjuga las lágrimas de los que lloran, significa que, además de recompensar a cada uno de modo sensible, abre el reino de los cielos. Las Bienaventuranzas son la transposición de la cruz y la resurrección a la existencia del discípulo» Reflejan la vida del Hijo de Dios que se deja perseguir, despreciar hasta la condena a muerte, a fin de dar a los hombres la salvación. Un antiguo eremita afirma: “Las Bienaventuranzas son dones de Dios, y debemos estarle muy agradecidos por ellas y por las recompensas que de ellas derivan, es decir, el reino de los cielos en el siglo futuro, la consolación aquí, la plenitud de todo bien y misericordia de parte de Dios... una vez que seamos imagen de Cristo en la tierra” (Pedro de Damasco)».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 30 de enero de 2011.

Comentario a los prefacios del tiempo ordinario

PREFACIO III DOMINICAL DEL TIEMPO ORDINARIO

El hombre salvado por un hombre

Toda verdad de fe tiene que pasar a ser creída y proclamada como profesión de fe y esto aplica para el misterio de la encarnación: el Hijo de Dios ha asumido nuestra condición humana y por eso es verdadero hombre. Así lo explicaba san Juan Pablo II:

A través de todo lo que “hace y enseña” da testimonio de Sí como Hijo de Dios, a la vez se presenta a Sí mismo y se da a conocer como verdadero hombre. [...] El punto de arranque es aquí la verdad de la Encarnación: “*Et incarnatus est*”, profesamos en el Credo. Más distintamente se expresa esta verdad en el Prólogo del Evangelio de Juan: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). Carne (en griego “sarx”) significa el hombre en concreto, que comprende la corporeidad, y por tanto la precariedad, la debilidad, en cierto sentido la caducidad (“Toda carne es hierba”, leemos en el libro de Isaías 40, 6). Jesucristo es hombre en este significado de la palabra “carne”. Esta carne —y por tanto la naturaleza humana— la ha recibido Jesús de su Madre, María, la Virgen de Nazaret (*Audiencia general* del 28 de enero de 1988).

A partir de la naturaleza humana que el Hijo de Dios ha tomado para sí en su persona, podemos interpretar lo que dice el prefacio III de los domingos del tiempo ordinario: el Señor se hizo semejante a nosotros en nuestra humanidad para que esta humanidad se convirtiera en el instrumento de nuestra salvación. Para comprender mejor esta causalidad instrumental de nuestra condición humana, se ha recurrido a la imagen del remedio.

Se puede decir que el pecado ha tocado nuestra naturaleza humana hasta el punto de ocultar su dignidad. Hay que recordar que el apóstol san Pablo se refiere a la carne en términos negativos, contraponiéndola a lo que viene del Espíritu Santo: «Si ustedes viven según el Espíritu, no darán satisfacción a las apetencias de la carne» (Ga 5, 16). Es en ese sentido que nuestro prefacio llega a referirse a la ruina que ha afectado a la condición humana: los que se dejan llevar por las apetencias de la carne eligen el camino de la muerte: «Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia» (Dt 15,30).

No obstante, esta condición humana herida por el pecado ha sido transformada en el comienzo de nuestra salvación. La muerte ya no es nuestra ruina: la muerte de Cristo nos ha traído la vida en abundancia que sólo el mismo Dios podía darnos. Ya no nos define nuestra condición mortal: nos define la vida verdadera que es la vida del Resucitado que ha exaltado la naturaleza humana para que pueda participar de la vida divina. Y en la línea del título del prefacio podemos afirmar: el Hijo de Dios, verdadero hombre ha salvado al hombre, es decir al género humano, para que resplandezca la verdadera esencia de los seres humanos, su verdadera dignidad, infundida por Dios en la creación.

Cuarto domingo del tiempo ordinario – Textos proclamados
Comentario general a las lecturas bíblicas¹

Las Bienaventuranzas que Jesús proclama al principio de su predicación en el Evangelio de Mateo no son un discurso de la corona, pero tienen algo de inicio programático, de gran prólogo a su mensaje mesiánico, de anuncio fundamental de la salvación. Mateo ofrece a Jesús en su narración evangélica el mejor pedestal para esa proclamación, con una velada alusión a otro momento de la historia de la salvación.

En efecto Jesús aparece como un nuevo Moisés que reúne el nuevo pueblo que proclama la nueva ley, que anuncia el nuevo Reino. Todo es nuevo. Y el pueblo se apiña en aquella suave colina de las Bienaventuranzas, púlpito de la naturaleza, cerca del lago de Tiberíades, desde donde resuenan como un reto las ocho dichas o Bienaventuranzas que Jesús promete a los que le siguen. Son palabras para la historia y para la eternidad. Son las que modelan todavía hoy la santidad de los cristianos. Son o pueden ser escándalo de un mundo que se comporta exactamente al revés de ese programa de Jesús cuando busca felicidad y dicha. Y sin embargo están ahí como palabras esculpidas en la piedra, palabras que no pasan, que dan vida, que iluminan a los cristianos.

Es fascinante que nuestros hermanos de Oriente, especialmente en Rusia y otros países eslavos, hayan hecho de las Bienaventuranzas un canto que se proclama cada domingo en la liturgia mientras se hace la entronización del Santo Evangelio en medio de la asamblea. Una suave melodía acompaña este canto con una antifona: «Acuérdate de nosotros Señor, cuando estés en tu Reino». Es la plegaria del buen ladrón. Y como respuesta Jesús nos hace escuchar, y las cantan nuestros hermanos de Oriente las Bienaventuranzas Evangélicas. Un gran espiritual de Oriente, Nicolás Cabasilas, decía prácticamente «que la respuesta a la vida en Cristo que se nos otorga con los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, es la vivencia de estas Bienaventuranzas, que son las que plasman la santidad de los cristianos». Por eso, la liturgia oriental las canta cada domingo, para recordar a los santos y para recordarnos el camino de la santidad.

No nos atreveríamos a identificarnos con esos valores extraños de las Bienaventuranzas si no fuera evidente que con ellas Jesús nos ha dado su autorretrato y nos ha propuesto el identikit del discípulo que ha de vivir en el dinamismo de la historia, valores que no pasan.

En efecto Jesús es el pobre, el sufrido, el que ha llorado, el hambriento de justicia, el misericordioso, el limpio de corazón, el que ha trabajado por la paz, el perseguido por la justicia. De estos rasgos evangélicos tiene que ser reconocido también el discípulo de

¹ J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 104-106.

Cristo. Y los santos de todos los siglos tienen esos rasgos inconfundibles. Lo más difícil de entender es que esas experiencias negativas puedan constituir una dicha, una bienaventuranza. Si lo son, y ciertamente lo son, es que también Jesús tiene otro concepto de felicidad, la coloca en otros valores, la planta en el corazón del hombre y no en su sensibilidad superficial y a veces estragada.

Bienaventuranzas que son promesas. Jesús promete a cada categoría de situaciones evangélicas reflejadas en estas ocho dichas del cristiano otras tantas recompensas misteriosas: el reino de los cielos a los pobres, la tierra a los sufridos, el consuelo a los que lloran, la saciedad a los hambrientos y sedientos de justicia, la visión de Dios a los limpios, y la misericordia a los misericordiosos, el nombre sublime de hijos de Dios a los artífices de la paz, el gozo del reino a los perseguidos por su causa, la alegría paradójica del discípulo cuando más arrecien insultos, persecuciones y calumnias.

No cabe duda de que Jesús ha hecho una clara opción por los pobres de su mundo y de nuestro mundo. Pobres materiales y pobres de todos esos valores que el mundo exalta, proporciona, persigue con tenacidad. Ya lo decía San Pablo y lo recuerda hoy la segunda lectura a la vista de los que acudían a su asamblea de Corinto. Allí no había ni sabios filósofos, ni poderosos, ni aristócratas. Todos unos pobretones, la gente baja del mundo, escogida por Dios para anular a los que parecen contar en este mundo. Desde esta pobreza sustancial podemos acoger a Cristo como sabiduría, justicia, santificación y redención. Por eso funciona la paradoja del Evangelio de las dichas o Bienaventuranzas. La paradoja de los antivalores humanos elevados a experiencia gratificante, humilde y gozosa, gratuita y benévola, en las profundidades del corazón y en la luminosidad del rostro de los cristianos «dichosos» con la dicha de parecerse a Jesús viviendo la misma paradoja de su vida.

Y es que esta palabra de Cristo es anuncio de salvación. No habría esperanza, ni en esta tierra ni en el cielo, para todos aquellos que Jesús ha querido al principio del sermón de la montaña en el pedestal mismo de la vida. Y además sería un verdadero infierno de egoísmos una tierra donde no brillaran los rostros y llamearan los corazones de discípulos de Cristo marcados con el sello de las Bienaventuranzas: pobres, sufridos, gente que sabe llorar, gente encendida por el hambre de la justicia, por la dulzura de la misericordia, por la pureza del corazón, por la pasión de construir la paz, por la persecución llevada con gozo. Esto ya es una anticipación de gozo que supera el dolor, una presencia del reino de los cielos.

Comentario a las lecturas bíblicas del Leccionario²

«Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde»

Lectura del Profeta Sofonías 2, 3; 3, 12-13.

La aportación principal de Sofonías (poco anterior a Jeremías) es la profundización de la noción del pecado y consiguientemente de la conversión. El pecado es huida de Dios, desobediencia, desconfianza, falta de fe (1,12; 3,2), rebeldía, fanfarronería, hipocresía, mentira (3,1.11. 13; cf. 1,5), nacido todo de la soberbia (3,11: cf. 1, 16; 2, 15). De ahí que para escapar al Día de Yahvéh, a su juicio terrible (1, 14-18; Am 5, 18ss; Jl 2, 1ss), la conversión tenga que ser un sincero confiar en el Señor, buscarle, acercarse a Él, seguirle, escucharle, con práctica de la verdad, sin palabras engañosas (2, 3; 3, 1. 13; cf. Mt 21,28-32), y todo con humildad, virtud que destaca, con la pobreza. El resto de Israel, depositario de las Promesas tras el Día de Yahvéh (2,3; 3,13; Am 9,8-10; Is 4,2-3), será un pueblo humilde y pobre, más en sentido moral que físico: buscar la humildad buscar la justicia; humilde de la tierra = que cumplía sus mandamientos (2, 3); pueblo pobre = que vive en el nombre del Señor (3,12) La línea continúa en Is 49,13; 57,15, en los Salmos (21, 22; 33, 3; 129) preparando las Bienaventuranzas (Mt 5, 3; cf. Lc 1, 52; 6,20; 7,22; 1 Cor 1,26-31). Ser pobre es, para Sofonías, ser justo, vivir sumiso a la voluntad de Dios.

«Dios ha escogido lo débil del mundo»

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 1, 26-31.

Los cristianos de la comunidad de Corinto pertenecen a la clase social de los pobres. Pablo quiere que los cristianos reflexionen sobre esta realidad y que deduzcan una consecuencia clara: Dios elige lo vil y pobre y lo que aparentemente no es con el fin de confundir al fuerte, al rico y al que se cree ser alguna cosa. Este modo de proceder de Dios en sus elecciones es constante. Y otra consecuencia: el cristiano —débil, pobre, inexistente— recibe toda su fuerza, riqueza y existencia de su incorporación a Cristo Jesús. Todo le viene de Cristo y por Cristo. (Cf. Lc 1, 48-55).

«Dichosos los pobres de espíritu».

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 5, 1-12^a

Las Bienaventuranzas de Jesús, agrupadas ya en una fase cristiana muy primitiva, encuentran complemento y orientación práctica diferente en las redacciones evangélicas de Mt y Lc (6, 20-26). Lucas subraya el realismo social del desprendimiento y la compensación futura en contraste con la indigencia presente, todo ello en el ámbito de una actitud estrictamente religiosa. Mateo, en cambio, insiste en la interioridad de las virtudes prácticas del discípulo de Jesús, que es ya desde la tierra un hijo del Reino de los Cielos. Jesús hablaba para el Resto de Israel purificado que esperaba la consolación del Señor, el pueblo humilde y pobre de la primera lectura. En una Iglesia así, como la de Corinto, resplandece mejor la singular energía de la acción divina (cf. segunda lectura).

² SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios al leccionario dominical*. Ciclo A, 221-224.

Cuarto domingo del tiempo ordinario

1 de febrero de 2026

«Dichosos los pobres en el espíritu».



Moniciones

Entrada

Querida comunidad: Con el gozo de participar en esta Eucaristía, dispongamos nuestra vida para que Cristo, el Señor, nos renueve con su amor al alimentarnos con su Palabra y con su Eucaristía. Dichosos todos los que nos reunimos para celebrar el Día del Señor. Bienvenidos.

Liturgia de la Palabra

Escucharemos que el Señor, en el Sermón de la Montaña, nos invita a ser dichosos. Recibamos atentos este mensaje: se trata de un programa de vida para todos los que caminamos juntos en la Iglesia, siguiendo a Jesucristo.

Presentación de los dones

Ofrezcamos al Señor aquellas situaciones que a los ojos del mundo son motivo de tristeza ya que el Señor se encargará de transformarlas en bienaventuranzas, si las ponemos con fe junto al pan y el vino que se presentan en el altar.

Comunión

Comulgando con Jesucristo, Pan de Vida, recibimos la fuerza para ser dichosos en la pobreza, en las tristezas, en la lucha por la paz, incluso en la persecución, de manera que lleguemos a ser partícipes del Reino de los cielos.

Cuarto domingo del tiempo ordinario

1 de febrero de 2026

«*Dichosos los pobres en el espíritu*».



Oración universal

Queridos hermanos: oremos a Dios, nuestro Padre, por Jesucristo, su Hijo amado, que nos presenta las bienaventuranzas como camino para la vida eterna. Digamos juntos:

R/. Escúchanos, Señor, nuestra oración.

- † Oremos por el Papa León, por nuestro obispo Héctor Cubillos y por los obispos de todo el mundo. Y también por los presbíteros, por los diáconos. Que sean verdadera imagen del Buen Pastor.
- † Oremos por los religiosos y religiosas, por la fidelidad y entrega de su vocación y por el buen testimonio del Amor de Dios.
- † Oremos por los que se dedican a la ayuda de los hermanos necesitados, por los que luchan por la justicia y por la paz, por los que ofrecen su servicio en los lugares más pobres.
- † Oremos por nosotros, que nos hemos reunido hoy para celebrar la Eucaristía para que seamos dignos de ser dichosos, según el proyecto de vida que Jesús nos propone en el Evangelio.

Escucha, Padre, nuestra oración
y llénanos de tu Espíritu Santo.
Que Él nos infunda la verdadera alegría
y nos guíe hacia la bienaventuranza eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.